

REHACIENDO LA VERDAD

LA MONSTRUOSA HOMILIA DE MONSEÑOR APARICIO



Los dos diarios matutinos de la capital publican hoy la transcripción de la homilía que Mons. Aparicio pronunció el domingo nueve del corriente en la catedral vicentina. La cinta grabada fue transcrita en la Secretaría de Información de Casa Presidencial y hoy aparece financiada -ya pueden usted suponerse por quién- en páginas sumamente costosas.

No queremos perdernos en detalles. No queremos analizar por qué esa diatriba no es una homilía dominical, que sólo dedica unas pocas palabras a las lecturas bíblicas. No queremos analizar sus errores teológicos como cuando dice sin ulterior explicación "que la divinidad viviente es la oración". Todo esto y mucho más son pecados menores comparados con las monstruosidades que contiene este discurso panfletario. Nos duele tener que contradecir pública y severamente a un Obispo, que por cierto no es nuestro Obispo; pero nos duele mucho más que un Obispo llegue a decir en una catedral tales atrocidades. Ya se las habíamos oído parecidas en Puebla; ya la transcripción de sus despropósitos en México hapasado por el tribunal de mentes cristianas y desapasionadas. Pero todo ello quedaba un poco lejos. Hpy las cosas se han dicho en El Salvador, se han dicho en una catedral y se han reptido -publicadas ~~en~~ y financiadas todos sabemos por quién- en los diarios matutinos.

No todo es igualmente monstruoso en la diatriba de Monseñor Aparicio. Más aún, nos parece justo que allá donde vea peligros objetivos de desorientación los denuncie. Incluso que en algunos casos los denuncie públicamente. Pero no nos parece justo que mezcle lo posible con lo probable, ~~lo probable~~ ni que de lo posible como cierto. Un análisis lógico de sus frases nos llevaría a la conclusión de que todo el conjunto está lleno de inconsistencias, está vacío de rigor y carece de base racional. Pero lo que nos duele no es este des-



prestigio intelectual; lo que nos duele es que en nombre de Cristo se afirmen calumnias gravísimas y se incite a los cuerpos de seguridad para que sigan perpetrando matanzas.

Dice Monseñor Aparicio: "Todos nos hemos dado cuenta hoy del aumento de criminalidad...Pero sepan y entiendan que la mitad, por lo menos, de las víctimas fueron matadas por los mismos grupos, como es el FPL". Y fueron matadas "porque tuviern miedo de dar un paso atrás, porque tuvieron miedo de que les fueran a descubrir". No sólo se hace esta información sin prueba alguna; no sólo se deja sin razonar quién y por qué ha matado a la otra mitad, sino que en esta afirmación no hace más que repetir la posición del Gobierno y de la Policía, posición una y mil veces contradicha por los observadores imparciales. Pero dejemos este punto, no sin antes advertir cómo las irresponsables afirmaciones de Mons. Aparicio dejan la puerta abierta para que los cuerpos de seguridad y los grupos paramilitares asesinos sigan segando vidas de maestros, de campesinos, de obreros, de sacerdotes. No podrá excusar Mons. Aparicio su cuota de responsabilidad en este baño de sangre, que nos coloca relativamente a la cabeza de todo el mundo occidental.

Dejemos este aspecto gravísimo y pasemos a la denuncia de los sacerdotes. Dice Mons. Aparicio "siento mucho en el alma decirles a todos ustedes que a varios sacerdotes de la Diócesis no los podré salvar, no podré hacer nada por ellos, porque han tomado compromiso que no les permite volverse atrás... Están avisados los sacerdotes, Se les ha notificado con ~~claridad~~ toda claridad, de modo que si algo pasa en adelante, no será sorpresa". Ya está abierta por el propio Obispo la veda; ya cualquiera se puede dedicar a la caza del sacerdote; ya no será sorpresa alguna. Pero vengamos a razones: ¿con quién contará Mons. Aparicio para salvar a sus sacerdotes? No parece con los guerri-



llos; luego será con el Gobierno. Monseñor Aparicio no va a procurar que los cuerpos de seguridad dejen de matar a sacerdotes, porque, según él, esos sacerdotes son de izquierda y ya les ha avisado. Fueran sus sacerdotes de izquierda, fueran sus sacerdotes gente mala y perversa, y todavía Monseñor tendría que esforzarse, si es cristiano, con todas sus fuerzas a impedir su muerte, a impedir su asesinato. Pero a Monseñor Aparicio le parece más importante la toma de la catedral que la muerte de los ungidos del Señor, la muerte de los hijos de Dios.

Más aún, Monseñor Aparicio se atreve a afirmar que al Padre Grande lo mataron los grupos de izquierda porque temieron que el Padre descubriera a los compañeros jesuitas que tramaban la insubordinación del campesinado. Es una afirmación que no resiste ni la más mínima crítica interna o externa. Todo lo que el Padre Grande sabía de sus compañeros jesuitas lo había dicho una y mil veces y nada de lo que él decía les comprometía. Nadie en su sano juicio puede negar que el Padre Grande fue asesinado por quienes temen la palabra de Dios, cuando la palabra de Dios anima a la liberación. Hay innumerables testimonios de ellos. Y alegarse a las informaciones que proceden de los mismos círculos de asesinos, es algo sencillamente indignante. Y lo mismo debe decirse del Padre Navarro, y lo mismo debe decirse del Padre Macías. Sólo en un caso de los diez sacerdotes asesinados tiene razón Monseñor Aparicio. Le basta a este Obispo oír la versión del Gobierno, ser recibido -como acaba de serlo- por el Presidente de la República para cambiar de opinión. ¡Qué triste postura de Obispo! ¡Qué triste postura de Pastor!

Por todo ello, pedimos con todo ahinco que el Señor Nuncio tome cartas en el asunto y exija una retractación a Monseñor Aparicio. El mal está hecho. Pero, por lo menos, quisiéramos que quedara salvaguardado el nombre de Cristo y de la Iglesia, que nada tienen que ver con las palabras de Mons. Aparicio. 13-Set.